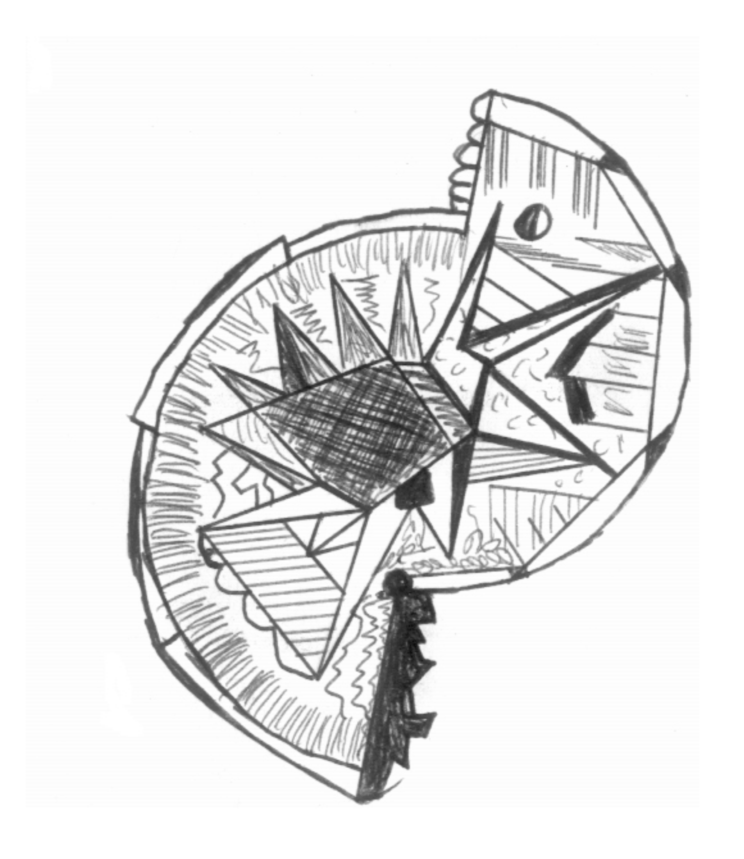
QUIERO QUEMARTE LA CARA CON ÁCIDO



Ángel Martín

Ilustración de tapa:
Mateo De Luca (uhmateotrosapo@gmail.com)

Año 2013
Ángel Martín

FELICES VACACIONES

Mamá y Fernando El Hijo de Puta nos trajeron de vacaciones. A mí y a Zoe, la hijita de Fernando El Hijo de Puta.
Mamá nos tomó una foto juntos y dijo que parecíamos hermanitos. Pensé que lo había dicho en broma, porque no dejaba de sonreír. Pero en realidad, no me hizo gracia.
Creo que está viviendo lo más parecido a su sueño de tener una familia normal. Real. Por la sonrisa que le veo todos los días desde que llegamos, diría que sí.
Fernando El Hijo de Puta también debe estar igual de contento. Pero a mí no me gusta mirarlo a la cara. Por supuesto que no me agrada en lo más mínimo.
Miro a Mamá sobre todo. Cómo mira o sonríe a Fernando, cómo se esfuerza por complacerlo en cuanto puede, cómo se peina y sale de shopping con Zoe, la hijita de Fernando El Hijo de Puta, intentando

ocupar el vacío que dejó su madre verdadera.
Y cada cosa que Mamá quiere, la obtiene.
Porque Mamá es emprendedora, fuerte, luchadora…
Porque Mamá es de Escorpio.
¡Ay! Pero yo soy de Tauro…
Y hay muchas actitudes que me disgustan. Mucha ropa que viste, mucho maquillaje que la transforma en una oscura caricatura… Y discutimos. Hasta sus gritos o hasta mis lágrimas…
Porque Mamá es emprendedora, fuerte, luchadora.
Y está bien que obtenga lo que quiere si se sacrifica por ello. O, como dice ella, si se rompe el orto.
En todo caso Fernando El Hijo de Puta parece ser lo que quiere, y no le importan mis objeciones. En realidad, parece ser que a nadie le interesan. Parece que nadie está dispuesto a considerar serios los puntos de vista de un chico de catorce

años.
Está bien. Que así sea. Que nadie me escuche.
Anoche le hablé de estas cosas a Zoe. Elegí bien mis palabras, no me interesa que sepa quién es Fernando El Hijo de Puta, simplemente le hablo de mi Mamá. Ella me escucha, atenta. Supongo que me entiende, pero no dice gran cosa. La mayor parte del tiempo interrumpe con preguntas. Tiene siete años.
Y me quedé hasta tarde murmurándole mis pensamientos, y yo le que yo pensaba de mi Mamá, y ella quedó en tal silencio que, en cierto momento, la creí dormida.
Pero no lo estaba.
Quedamos en silencio, en la penumbra de nuestro cuarto vi sus ojos abiertos.
Y el silencio fue interrumpido.
Quejidos, gemidos y gruñidos… Apenas sofocados por las paredes del hotel.
Claro que yo me di cuenta de inmediato lo que estaban haciendo. Y me enojé

todavía más. Con Mamá. Y con Fernando El Hijo de Puta.
Zoe tenía los ojitos bien abiertos, escuchaba los ruidos, parecía aterrada.
Salí de mi cama y me metí en la suya. Automáticamente, saltó hacia mi cuello, esperando protección.
La abracé y le susurré lentamente:
-No te asustes. No pasa nada.

CUANDO LA REALIDAD ES UNA MIERDA, QUEDA LA FANTASÍA

Ana se despertó a las ocho. Como lo hacía de lunes a viernes. Calentó el agua para el mate cantando una canción de la radio y zarandeando sus caderas de aquí para allá, alegre.

A las ocho y media recién logró despertar a Julián. Como de lunes a viernes. Justo a tiempo para sacar el auto y llevarla al trabajo.

Ana dio clases hasta el mediodía, tal como lo hacía de lunes a viernes. Volvió en remis, Julián estaría trabajando hasta las siete, seguramente.

El remisero era un tipo joven, y la simpatía de Ana no tardó en animarlo a dar paso al instinto.

Unieron sus cuerpos, con frenesí y deseo, en casa de Ana.

Quince minutos después, el remisero volvía a la agencia. Como caballero que

era, le había hecho un descuento a Ana.
Mientras tanto, ella se dejó estar. Semidesnuda en la cama, sus pechos inmensos al descubierto y su ropa interior desparramada en el suelo.
Y todavía sentía ganas.
Le hubiese gustado un encuentro más prolongado. Y más le hubiese gustado que Julián la atendiese.
De última, a que no la acaricien estaba acostumbrada. Y que actúe con la misma velocidad con que había actuado el remisero, también.
Ana abrió sus piernas, firmes columnas sustentando el templo del deseo, y comenzó a masajear su clítoris. Lentamente, con el dorso de su mano primero, luego presionando sus dedos índice y mayor allí donde sentía el cosquilleo.
Evocaba la imagen fresca, los ojos cerrados del remisero.
Recordaba los recientes muslos

encimadas sobre ella, las manos ásperas que se habían aferrado a sus caderas…

Y, enseguida, su imaginación regresó al rostro de Julián.

Y al cuerpo de Julián, que tanto le gustaba, con su abdomen firme, bien marcado, descendiendo una y otra vez sobre la suavidad de su vientre.

Lo extrañaba. Lo necesitaba.

Evocó el rostro de su marido, serio y seguro, como cada vez que la penetraba. Con mucha suerte, ocurría los sábados o en la madrugada del domingo.

Introdujo dos dedos en su vulva y comenzó a mecerse lentamente.

Sin dudas, Julián era el hombre de su vida, quien más le atraía, el único que poseía su corazón.

Comenzó a gemir, suavemente, casi un ronroneo, y giró la cabeza a un lado.

Entreabrió los ojos y, para su sorpresa, Julián entraba en la habitación.

La saludó con un beso en la mejilla. Ana lo

tomó del brazo, lo acercó a su lado, apretó su mano y lo obligó a apretar sus endurecidos pezones.
Julián sintió la textura. Luego miró a su mujer, consternado.
-Ahora no, tengo práctica, ¿no te acordás? Es miércoles.
Julián habló con suavidad, pero sin perder mucho tiempo en desprenderse de Ana. Ella lo miró un segundo, sólo eso, y se dejó caer con los ojos cerrados sobre el colchón.
Su imaginación la llevó a costas más lejanas, intentando distanciarse lo más posible del ruido que hacía Julián mientras buscaba el uniforme de básquet.
A Ana le parecía que el fin de semana no iba a llegar nunca.

EL FIN NO ES EL FIN

Hablábamos.

Yo también le dije que alguna vez creí que el mundo se iba a terminar. Pero no hay fantasmas en su casa.

Imaginaba el fin del mundo como el fin del dinero. Del valor del dinero.

Otros lo prefiguraban como la destrucción total de la raza humana por un virus, alguna enfermedad terrible.

O con el final de las gaseosas, y una posterior masacre.

Tal vez un agujero negro, procedente del espacio, nos lleve a todos.

O una guerra nuclear.

A lo mejor, el sol va a explotar.

O será un evento silencioso, y ensordecedor. De paz absoluta.

O quizás la naturaleza nos va matar. Cuarenta y cinco grados en verano y un tercio de la población mundial ya murió a causa de los deshielo.

El mundo se consume de a poco, eso lo vemos día a día.
Si no, un meteorito atraviesa la tierra haciéndola reventar en mil pedazos...
Se acabaría el mundo por un lado estallando, pero por otro lado, se acabaría antes de ese estallido, cuando nos convirtiésemos en teléfonos celulares con patas.
En todo caso, el día que llegue el fin del mundo no va a haber humanos porque ya estarían muertos por no soportar el excesivo calor y las catástrofes naturales, producto del sobrecalentamiento global.
Los humanos serán la última destrucción de la tierra. Con todo su odio, avaricia y guerras, la tierra se está echando a perder. La convierten en una especie de bomba a punto de estallar.
Hay quienes creen que el mundo se va a ir deteriorando de a poco por la contaminación y la destrucción que nosotros vamos generando.

Alguien escribió:

Va a llover mucho
como ahora
y se va a inundar todo
y vamos a morir

Pero es posible que acabe yo antes que el mundo.
Si se acaba con una gran inundación o de ultima si cae un meteorito bastante grande…
A lo mejor, acaba en un suspiro.
O a los gritos.
Como una mujer.
Aunque ella cree que el mundo no acabará jamás.

DÉJÀ VU

Ella estuvo de acuerdo.
Eso me exime de toda culpa, aunque no es que me sienta culpable realmente.
Claro que algo de conciencia, bien abajo, todavía me queda.
Quizás sea algo que se mezcla con el orgullo masculino. Tal vez.
Nahuel era un idiota. Eso lo sabíamos ambos, desde hacía tiempo. Por eso Denise no pudo reprimir una carcajada cuando se lo comenté.
Sí. Era un idiota.
Tras esas gafas horripilantes que hacían sus ojos saltones aún más saltones, me frenó en la calle. Hacía tiempo que no nos veíamos, y le pareció una buena excusa para entablar una conversación. A mí no me interesaba en lo más mínimo qué podría decir.
Pero me quedé. Y lo escuché un rato. Habló de los estudios que había

abandonado y los trabajos de donde lo habían echado. Y comentó, como al pasar, que la tía Estela le había dejado algo de plata hacía poco.

¿Cómo? ¿No me había enterado que la tía Estela había fallecido?

-Para nada. ¿Cuándo fue?

Para mí, la vida familiar es un conjunto de recuerdos fragmentarios.

Nahuel me contó que, en aquellas últimas semanas de la tía Estela, nadie fue a visitarla. Se quedó él solo, dijo que se sentía el único capaz de hacerse cargo.

-Muy bien. Alguien tenía que hacerlo. Le dije, dándole unas palmaditas en la espalda.

-Sí… Sucede… -Dijo, acomodándose las gafas y agachando la mirada. Entiendo que crecemos y tenemos otras cosas para hacer, otras prioridades… Y que aquel que tiene en sus manos la tarea de hacer un favor, no puede negarse.

-Tal cual. Aseveré con rostro serio.

Y dejé de escucharlo por un rato.
Hasta que llegó a la parte de que, en realidad, la tía no había estado tan sola. Un par de veces fue a visitarlos Denise.
-¿En serio?
-¿Cómo? ¿No te contó?
Guardé silencio un momento.
A lo mejor, me lo dijo y no había prestado atención. Suelen ocurrirme estas cosas.
Cerré los ojos un segundo. Un parpadeo. Parecía no haber estado realizando mucha sinapsis últimamente.
Pero si Denise lo hubiese mencionado, lo recordaría. Hubiese tomado nota de un asunto así.
Por otro lado, ella no era muy allegada a la tía Estela. De hecho, la consideraba una vieja insoportable, en sus propias palabras.
A los quince años, según contó, había dejado de ir a la casa. Algo le disgustó sobre la ropa “extremadamente provocativa” de Denise y ella se ofendió

mucho. Claro, sin olvidar que la tía Estela era propensa a delirios místicos.
Se había metido en la secta evangelista o en los testigos de Jehová, nunca lo supe del todo. La última vez que la vi, tenía diez años.
Era común encontrarnos los sábados por la tarde, Nahuel, Denise y yo en casa de la tía Estela. Nuestras madres nos dejaban a su cuidado.
Ella nos atendía bien, con facturas y café con leche, o chocolate caliente en buenas épocas.
Y después sintonizaba una radio religiosa el resto del día.
Se sentaba en su cuarto a escucharla, hasta que sus ronquidos tapaban las voces del transistor.
Nahuel era el mayor. Siempre había sido un idiota. Le daba por jugar de manos. Y pegaba fuerte. Era un bruto. Y muy egoísta.
Un día, dejó de aparecer los sábados, él y

su madre. Algo había pasado.
No recuerdo mucho realmente. Recuerdo unos gritos, unas risotadas histéricas, unas discusiones a escondidas.
Nahuel se había mandado alguna cagada, de eso no había dudas. Pero jamás la supe.
Y ahora, salvo unas arrugas y unas incipientes entradas capilares, el resto de su desagradable persona volvía a estar frente a mí.
Y me contó el favor que necesitaba.
Y la muy interesante suma que estaba dispuesto a pagar.
Más que interesante.
Pasé dos días intensos hasta que, abrazando a Denise en la cama, no me contuve más y se lo comenté.
Me miró a los ojos un segundo, y luego bajó sus luminiscencias.
-Nos vendría bien esa guita.
La miré, atónito. Ella no levantó su mirada.

-Nos vendría muy bien. Dije, casi en un murmullo.
Así que ella estuvo de acuerdo.
-Después de todo, nada más quiere que se la chupe, ¿no? Me miró, con una sonrisa, y me estrujó la parte baja. Y en eso creo que soy buena, ¿vos que opinás? ¿Lo vale?
Y tragó todo mi miembro de una sola vez, utilizando su lengua y sus labios, ajustándose a mí.
Era un buen trato.
Llamé a Nahuel esa misma tarde. Le dije que se pasara por casa después de las seis. Estuvo de acuerdo.
Le dije que estaría solo Denise, yo no los molestaría.
-Perfecto. Fin de la llamada.
Pero no me fui.
Seis menos cuarto me escondí en la habitación del fondo.
Menos cinco, llegó Nahuel.
Los espiaba por la rendija de la cerradura.

Denise tenía la delicadez de moverse sólo por lugares donde mi ojo la pudiese ver.

Lo atendió, simpática. Él extendió su mano, ella le dio un beso en la mejilla.

Apenas intercambiaron palabras. No escuchaba lo que decían, hablaban en susurros.

Denise comenzó frotando la entrepierna de Nahuel, y se deslizó hasta quedar de rodillas en el suelo.

La observé con una mezcla de desagrado y deleite, mientras su juguetona lengua se enroscaba en el miembro de Nahuel.

Al final, sentí que me descomponía. Pero no podía dejar de observar a Denise. Aunque, por extraño que suene, ya sabía lo que iba a hacer.

Tenía la sensación de que aquello ya había pasado.

A lo mejor, era el cansancio.

A lo mejor, las risotadas histéricas de placer sumamente peculiares de Nahuel.

VIEJAS TRADICIONES

Recién cuando quedé solo en la habitación me percaté del rítmico sonido contra una superficie de madera. Ritmo lento, lo que me había hecho confundirlo con algún animal, un pájaro quizás, molestando tras la amplia ventana que daba al jardín.

Viviana se había escapado al cuarto de baño, prácticamente corriendo, antes que yo me quitase el preservativo. Era así. Tímida de su desnudez y de su cuerpo.

Claro que no me cuestionaba el por qué. Intuía la respuesta.

Busqué mi ropa bajo la mirada congelada del retrato del Teniente Primero Leonardo Panizza.

El padre de Viviana, claro.

Y aunque me vio pocas veces y prácticamente no cruzamos palabra jamás, sabía exactamente lo que pensaba de mí.

Bueno, algunas charlas con Viviana me lo habían dado a entender.

Y yo soy la menor, la consentida. Me confió con una sonrisa. Aunque siempre quiera lo mejor para mí, al final, papá tiene que aflojar.

La verdad, no me interesaba. Más me interesaba sumergirme en su cuerpo, el fantasma de la virginidad que yo había asesinado con sumo placer aún la circundaba; por lo que abrirle las puertas a un mundo nuevo y disfrutarlo era mi mayor preocupación.

Procuré hacer su primera vez exquisita. Comencé explorando la tersura de sus labios, con suma suavidad. Y poco después de estrecharla entre mis brazos, no tardé en descender mis manos por su espalda.

Aquella fue una noche asombrosa. Para ella también, por supuesto.

Claro que no pudimos amanecer juntos. Debimos escaparnos hasta su casa bajo

un cielo que presagiaba tormenta.
Nos veíamos de esta manera.
Pocas veces fui a visitarla en su casa. Un chalet inmenso en el boulevard a tres cuadras del río. Me sentía minúsculo, y mis zapatillas llenas de barro no me ayudaban a sentirme cómodo ante un espacio tan aséptico.
El living era un espacio inmenso, impecable. Allí vi por primera vez a su padre. Leía el diario. Viviana nos presentó, él se limitó a observarme por encima de sus lentes. No supe por qué pero no me inspiró brindarle mi mano para que la estreche.
Precisamente por eso, le di un beso en la mejilla y una palmadita en el hombro, para estrechar cercanías.
Cuando me alejé, permanecía en la misma posición. No dijo nada. Sus expresiones faciales no habían cambiado. ¿Había abrazado a un muñeco?

Pero, no. De repente inclinó la mirada y volvió a su lectura.
Viviana me explicó después, en su habitación, que su padre tenía un carácter bastante duro y frío.
Pero al menos no te mandó a la mierda…
Dijo.
Después, experimentamos con algo nuevo.
¿No me la querés chupar?
Le susurré al oído. Me miró con sus ojos sensuales y no tuve que decir más.
Claro, estaba un poco nervioso. Pensaba en la idea de que su padre irrumpiese de golpe y me quedase mirando fijamente. Sin decir nada.
Imaginar ese rostro no me ayudaba. Acaricié a Viviana, y ella prosiguió.
Y no, no hubo interrupciones.
No obstante, intentaba evadir estas situaciones. Si iba a visitarla, mantenía mi distancia. Y sus reclamos a mi frialdad aparente después se volvían

recompensas furtivas en situaciones más interesantes.
Por ejemplo, hasta que conocí a Viviana, jamás había cogido a una chica en la calle.
Le gustaba transgredir, sin dudas. Transgredirse, en todo caso. Yo me dejé llevar.
En todo caso, su apertura a las nuevas experiencias me había conducido hasta el dormitorio del Teniente Primero Leonardo Panizza.
Y mientras miraba su retrato en la pared y me vestía intentaba hacerme una imagen de lo que ocurriría si se enterase que acababa de acostarme con la hija en su propia cama.
Pero un sonido me lo impedía.
No era el agua que corría desde el baño, ni los movimientos de Viviana. Era otra cosa. Unos golpeteos, débiles, pero no lejanos.
Imaginé que podría ser un pájaro

carpintero en el jardín. Pero al acercarme a la inmensa ventana los golpes se hacían imperceptibles.
Un pájaro carpintero tímido, quizás.
Abandoné mi búsqueda un segundo, desinteresado.
Hasta que crucé frente al placard.
Ahí estaban los golpes. Débiles, y sin embargo cercanos.
Abrí la puerta sin pensarlo demasiado. Dentro, una escalera conducía a una habitación inferior. Era un cuarto pequeño, iluminado apenas con una luz mortecina.
Ni la presión de Viviana sobre mi hombro para espiar lo que acababa de encontrar, pudo desviar mi mirada del hallazgo.
¡Santiago! Gritó Viviana, llevándose una mano a la boca.
No sé cómo lo reconoció. A lo mejor siempre había sido así de delgado. No creía posible que hubiese estado allí abajo mucho tiempo.

Claro que podía verse que tenía una pierna quebrada, y un bulto le crecía a la altura del fémur. Por lo demás, su rostro estaba cubierto de sangre ya coagulada.

Tenía las manos y los pies atados. Y marcas de quemaduras.

Viviana me hizo a un lado y bajó las escaleras.

Lloraba.

Santiago. Repitió.

No me quedé para ver cómo se arrodillaba y lo besaba. En cambio, di media vuelta y me retiré.

Supuse que había algo que Viviana no me había contado.

LEJOS DE LA CALIDEZ DEL CLAVICÉMBALO

Dicen que era una joven muy hermosa.
Dicen (en realidad no sabemos quienes, pero gente que habla nunca falta) que su belleza sólo era superada por su temperamento.
De carácter fuerte, indomable, como la naturaleza misma, expuesta en su esplendor.
Que vivía sola con su padre es otro dato cuya fuente no podemos rastrear. Sin embargo, las certezas más de una vez suelen fluctuar en el ámbito de las leyendas locales.
A lo mejor, vivía con su madre.
Lo que sí sabemos es el recelo con que era protegida. Quizás persiguiendo la oportunidad de vincularla con una familia acomodada de la región. Tal vez para cuidarla de los hombres que se dedicaban a la caza y a la embriaguez.

En todo caso, su alegría más intensa consistía en recorrer los campos que circundaban su hogar. Gustaba de perderse entre el follaje, presenciar los actos de la naturaleza y entablar esporádicos encuentros con la flora y la fauna de la región.

Pese al posterior regaño, pese a los castigos corporales infringidos tras sus correrías, no desistía de ese placer que sólo le brindaba la comunión con la naturaleza.

Desgraciadamente, la naturaleza de los hombres no suele ser tan permisiva con la naturaleza en sí.

Durante una de aquellas excursiones, que se prolongó más de lo deseado, tuvo la mala fortuna de cruzarse con una de esas bestias de la que tan en vano habían intentado protegerla.

Primero, captó su atención un quejido en las cercanías. Al acercarse al sonido, encontró a un joven tendido en el suelo,

cubierto de sangre.
El joven se movía con lentitud, extendiendo su mano al cielo, con un rictus agónico en su rostro. La muchacha, movida tanto por la piedad como por la curiosidad, se detuvo a su lado sin saber qué hacer.
-Ayuda… -Resoplaba lentamente el joven en el suelo.
Ella se puso de rodillas, con una mano posada en la frente del herido intentó calmarlo. Cerró sus ojos, intentando decidir qué hacer en una situación tan novedosa como aquella.
Mirando alrededor en busca de alguna idea, sus ojos chocaron con el cadáver de ciervo que reposaba a unos metros. Y en cuanto asoció la idea de que los ciervos no son animales que ataquen al hombre con el herido que tenía frente a sí, ya era demasiado tarde.
El joven tomó la mano de la muchacha con fuerza, aprisionándola. Y a medida

que se iba incorporando de su postura en el suelo, una sonrisa de chacal se dibujó en el rostro de aquel que se fingía herido.
La muchacha se retorció como un ave, como un pez, caído en la trampa. Y como toda trampa humana, ésta era una de la que no se podía escapar con facilidad.
El joven rasgó sus vestiduras, con la violencia propia de los predadores. Saboreó la inmaculada piel entre sus manos, lentamente, con cada uno de sus sentidos.
La muchacha forcejeó. Enfurecido, el joven estampó su codo contra el rostro de su víctima. Una cascada de sangre descendió desde su rostro hasta la hierba. Sin poder liberarse de la furia masculina sobre su cuerpo, sólo consiguió llorar.
Lloró de estupor, de impotencia, de rabia inexpresable, mientras sentía descender sobre sí el cuerpo de su captor, una y otra vez.

Y con cada lágrima, la sonrisa del joven se agrandaba más.
Y en cada estallido inconsciente provocado por el llanto, el depredador volvía a descender su puño sobre el rostro de la joven, ordenándole:
-¡CALLATE!
La joven, entonces, irrumpía en frases repetitivas e inconexas.
-¿Por qué?... ¿Por qué?
La única respuesta, una carcajada mezclada con resoplidos de extrema abyección.
La joven cerraba sus ojos, apretaba sus dientes, inconscientemente se llevaba una mano a su rostro dolorido e inútilmente suplicaba piedad.
Inútilmente.
Sentía todo su ser desfallecer bajo el peso de la fiera. Su respiración agitada se unía a la de su captor en el paroxismo.
Finalmente, el joven se puso de pie. Acomodó sus ropas y, en un acto de

absoluta desidia, buscó entre sus ropas una afiladísima navaja. La deslizó sobre la garganta de su víctima, con la habilidad que tantos años de sacrificar criaturas le había otorgado.

La joven abrió sus ojos por última vez, petrificado el momento del sufrimiento en sus retinas. El monstruo se alejó lentamente hasta el ciervo que había capturado unas horas antes y, jalando una cuerda que había atado fuertemente a las astas, arrastró lo que más tarde alegraría el festín de su comunidad.

El cuerpo de la muchacha quedó allí, tendido entre la hierba y la maleza. Quizás luego la aprovechó alguna otra bestia carroñera. A lo mejor la naturaleza le brindó su propio sepulcro de hongos y bacterias. Podría recurrir a la poesía y decir que transformó en ave o mamífero. O que por intervención de una divinidad inexistente de su cadáver surgió una flor, o un árbol, único en toda la región.

Pero no es esta la leyenda que se cuenta por aquí, sino la del cazador herido que trasmuta en alimaña. Eso basta para despertar temores y acallar la curiosidad de ciertas jóvenes que desean internarse en zonas despobladas.

Dicen que era una joven muy hermosa.

Dicen, porque gente que refiere este tipo de advertencias nunca falta.

LOS CRÍMENES DE LA RÛE ESTEVA BERGA

La historia que me contó anoche Vanina es de lo más escandaloso, delicioso e interesante para gente como yo. Y la gente como yo, no tiene problemas en repetirlo.

Primeramente, vale decir que la mina es de plata, pero que su comportamiento determina una edad que no la representa. Una vieja que se hace la pendeja.

En fin, los hechos.

Me dijo que se le habían muerto dos amigas hacía poco, en condiciones…

-…extrañísimas- Frunciendo el rostro.

-¿Qué les pasó?

- Terrible… Terrible. Se tapa la boca con una mano y permanece mirando la pared, evocativa. Aunque a simple vista parecería estar contemplando una pintura.

Y dubitativamente, y entre el pudor, me

cuenta que ambas fueron encontradas ahogadas con semen.
-¿Con leche?- Le pregunto.
Su rostro se contrae en una sonrisa. Asiente con la cabeza y vuelve a cubrirse la boca con una mano.
-La policía investiga pero no sabe nada… No tienen idea.
-¿Y cómo es que las ahogaron con leche? Pregunté, en postura de detective. -¿Las violaron?
-Por favor… -Me dijo. No, no había señales de violación. Simplemente se la deben haber estado chupando al tipo… -Y de repente se llevó una mano a la boca. Había hablado de más.
Por supuesto, estaba más que al tanto del asunto.
Vanina miró a un lado y al otro, y después habló:
-Bueno, estas dos minas se habían divorciado hacía poco. Las dos, mujeres de chabones de guita… -Dejó escapar

una carcajada. No te voy a decir quiénes son.

«Bueno, el tema es que se mudaron al mismo departamento… ¿Para qué? La gente anda diciendo ahora ¡son lesbianas!... Cosas de por acá. Pero nada que ver. Una o dos veces a la semana viajan a Buenos Aires. A pasarla bien. Me han invitado un par de veces. Te aseguro, nada fuera de lo normal.

«Pero en el último viaje trajeron a alguien. Y no te puedo explicar lo extraño que fue eso.

Tomó aire un segundo, luego prosiguió:

-No sé cuál de las dos tenía un conocido que laburaba con los de Inmigraciones. Seguramente un conocido reciente. El tema es que, tras una fiesta que se extendió hasta el día siguiente, hicieron un trato con aquel conocido. Les dijo que había unos tipos muy particulares, no sé si me entendés, que a ella les gustaría conocer…

«Claro que dijeron que sí. La curiosidad mató al gato, y ya ves lo que pasó.

«El tipo las llevó hasta el edificio donde trabajaba, asegurándoles todo el viaje que lo que verían sería algo de otro mundo. Y era verdad.

«Volvieron de Buenos Aires con Ronaldinho en el asiento trasero del auto. Un inmigrante ilegal que bautizó así el tipo que les hizo el trato.

«Claro que Ronaldinho no se llamaba así, no sé cómo se llamaba… Lo vi sólo una vez, ni bien lo trajeron. ¡Y debo haber sido una de las únicas!

«Era un africano grandote, inmenso. ¡Unos músculos! Cuando lo vi tenía el torso descubierto, y, te juro, era todo músculos. Llevaba una especie de vestido de color azul, grandote también. Enseguida, me explicaron el resto.

«Ronaldinho venía escondido en un barco que había parado en África. Pero no sólo eso, les habían contado que

Ronaldinho era un caso especial por ser originario de la tribu de los Bubal, en la frontera entre Kenia y Somalia. Me preguntaron si sabía cuál era la característica especial de los miembros de esta tribu. Les dije que jamás había oído algo respecto a ninguna tribu. Ambas se rieron, con la risa de locas que tenían ambas. Se arrimaron ambas a Ronaldinho y, con suavidad, lo despojaron de sus vestiduras. Lo que vi me dejó sin palabras.

«Sus testículos colgaban casi hasta tocar el suelo. Era una inmensa bolsa de carne inflada, como una colmena rosada. Y me quedé callada y ellas se rieron un montón. Y la cara de Ronaldinho no la pude ver porque no podía apartar mis ojos de su entrepierna.

«El caso es que, me explicaron, la tribu de Ronaldinho tiene como costumbre alimentarse con el flujo de las vacas… ¿Sabías eso? Un asco. Y por tanta

exposición a las vacas, terminan exponiéndose a sus hormonas. Por eso, me explicaron, es el motivo por el cual le crecen tanto los testículos.

«Les pregunté para qué lo habían traído. Siempre pensé que les importaba más el tamaño de otra parte… Ellas se rieron y me dijeron que lo hicieron porque podían, o sea, por capricho.

«Claro que lo trajeron como juguete sexual. En todo el tiempo que estuve allí, ni una palabra intercambiaron con el pobre. Lo trataban como a un perrito. Por eso, la verdad, es que me parece horrible lo que les pasó, pero justo. La gente horrible tiene muertes horribles, ¿no?

«Seguramente le estaban practicando sexo oral, en simultáneo, sin calcular los riesgos. Digo, hasta yo, que soy una hueca, me doy cuenta de lo que puede llegar a pasar. Te juro, sus testículos eran enormes, inmensos. Te diría como una pelota de básquet, como la que usa

Julián.
«Así que imaginate…
-No hay mucho para imaginar. Se la estaban chupando, les acabó un montón y las ahogó, ¿cierto?
-¡Bravo! ¡Sos mejor que la policía! Me felicitó Vanina, ambiguamente irónica.
-Bueno, qué bueno que me cuentes esto. Es un buen material para un cuento. Le digo con una sonrisa.
-¿Qué cuento? Vanina me mira, ofendida. Esto no es ningún cuento, es la pura verdad. Y si te lo conté es porque quiero que hagas algo.
Esperé. No tardó en hablar.
-Quiero que encuentres a Ronaldinho.
-¿Cómo? ¿Para qué?
-Quiero que la policía lo detenga y tenga un juicio justo. Es mejor así antes que andar a la deriva por acá, ¿no te parece?
-Pero qué certeza tenés de que sigue acá. A lo mejor se volvió a Buenos Aires. O, capaz, se subió a otro barco. Había un

arenero por acá, la semana pasada…
-Por favor, basta de bromas. Me cortó seriamente. Me gustaría que si lo ves me avises… Y si no tenés nada para hacer, buscalo, yo te doy algo de plata por la información. Vos siempre andás en la calle y terminás conociendo gente de este estilo…
No entendí lo que dijo. ¿Estaba siendo irónica? ¿Condescendiente?
Pero bueno, a mí se me había terminado el vaso y no tenía una moneda. Podría haber jugado al detective un rato más, y aprovechar la generosidad de Vanina para tomar otra cerveza.
Pero estaba bastante borracho. Y dudaba de poder llegar a tocar sus pechos inmensos aquella noche. Así que me despedí diciéndole que le avisaría si llegaba a tener noticias del africano.
Ni bien puse un pie en la calle, empecé a vomitar.
Pero eso no es tan escandaloso, delicioso

ni interesante.

QUIERO QUEMARTE LA CARA CON ÁCIDO

Marcos sintió nublarse su visión, ya no podía aguantarlo más. El culo de Sabrina rebotaba sobre su pelvis, todavía insatisfecho. Pero, de toque, Marcos cerró los ojos y sintió un sacudón en todo su cuerpo mientras se descargaba en el interior de Sabrina.

Tenía los ojos entrecerrados aún, cuando Sabrina, de espaldas, le dirigió una mirada de desdén y luego se escondió bajo las sábanas.

Observando fijamente a Marcos, claro, la lenta salida del trance orgásmico.

En medio del asunto, Marcos ya estaba acomodándose al lado de Sabrina y rodeándola con un brazo, la acercó hacia él.

Sabrina se dejó correr, sintió un beso de Marcos en su hombro derecho, pero no lo miraba más, sino que mantenía la vista

fija en la pared.
Entonces, Marcos lo notó.
Volvió a besar a Sabrina, esta vez en el cuello, y fue ascendiendo lentamente hasta el lóbulo de su oreja.
Sabrina seguía sin prestarle atención, así que Marcos susurró en su oído:
-No estés enojada, ¿si? Fue un accidente… Seguís tomando las pastillas, ¿no?
Sabrina giró su cabeza a un lado, Marcos se elevaba sobre su hombro, con una mirada entre enojo y vergüenza, le dijo:
-Sí… Pero no es eso. Eso me gustó.
Marcos abrazó el cuerpo de Sabrina y le dio un beso cariñosamente.
-Decime qué te molestó entonces… Por favor…
Sabrina lo miró fijamente un segundo y luego desvió su rostro.
Marcos entendió.
-Acabé muy rápido, ¿no? Es eso, ¿no?
Sabrina se ruborizó, volvió a mirarlo,

enojada, y después contestó:
-Sí.
Marcos se alejó de la cama de un salto, molesto consigo mismo. No era la primera vez que le pasaba.
Con Sabrina ya era como la quinta.
De pie, sus rodillas contra el respaldo de la cama, señaló a Sabrina.
-Vos tampoco me ayudás mucho.
Y la mirada de enojo volvió sobre Sabrina.
-No te hagas la víctima, ¿querés?
-no me hago la víctima. Se defendió Marcos. Pero podrías moverte un poco vos también…
-Eso no tiene nada que ver. Yo me muevo. ¿O no me estaba moviendo recién?
-Sí… sí…
Marcos, se desmoronó el argumento.
-Igual, podrías ayudarme dejando que hagamos nuevas cosas…
-¿Cómo qué?
Marcos regresó a la cama y volvió a rodear a Sabrina con un brazo en

cucharita.
-No sé…
Marcos apoyó sus caderas sobre la espalda de Sabrina. Ella sintió el roce del pegoteado globo de carne desinflado de Marcos, pero no dijo nada. Pero le gustaba.
-¿Qué se te ocurre a vos? Preguntó Marcos, en un susurro, su oído.
Sabrina sonrió.
-Me gustaría usar el juguete de goma… Pero usarlo yo…
Marcos la miró, sorprendido. Pero no le agradaba la idea.
-No me parece. Mejor algo que disfrutemos los dos.
-¿Por qué? Vos ya disfrutaste…
-Ah, claro. Entonces, ¿sería algo así como un castigo?
-Como una penitencia. Sabrina abrió los ojos. Te rompo el culo.
Se miraron un segundo, y no pudieron evitar sonreír. Pero a Marcos se le escapó

una carcajada y Sabrina se mordió su sonrisa para demostrar cuán en serio hablaba.
-Y yo quiero quemarte la cara con ácido. Le dijo Marcos. Digo, ya que vos me querés hacer sufrir…
Sabrina volvió a cara de enojo, y se alejó de Marcos, a la otra mitad del colchón.
-Pero, Sabrina…
Ella se quedó en silencio, mirando la pared, por un momento no se dijeron nada.
Sabrina vio sacudirse las sábanas con las que se cubrías, miró hacia atrás un segundo.
-No seas asqueroso, ¿querés?
Marcos intentaba ponérsela dura con la mano.
Se acercó a Sabrina y volvió a abrazarla.
-Lo estaba haciendo para vos… Ahora te vuelvo a atender, amor.
-No. Sentenció Sabrina seriamente. Te merecés la penitencia.

Muy bien. Ya no se podía discutir. Cuando a Sabrina se le metía algo en la cabeza esa inútil resistir.
-Bueno. Murmuró Marcos, rendido.
Sabrina se acercó hasta el placard, cubierta con la sábana, y extrajo un pene de goma.
-Y el lubricante. Recordó Marcos desde la cama.
Sabrina se acercó con ambos, uno en cada mano.
Sabía cómo hacerlo.
Embadurnó en lubricante el pene de goma y, sin más preámbulos, apuñaló el ojo anal de Marcos.
Él estaba en cuatro patas, pero en cuanto sintió la presión atravesar su ano sin dilatar, perdió el equilibrio y se dejó caer sobre el colchón.
-Me duele. Se quejó, haciendo una mueca de disgusto. SACÁMELA.
-AGUANTATE. Ordenó Sabrina.
Enterraba y desenterraba sin piedad el

pene de goma. Marcos sentía un ardor terrible, insoportable. Entonces, abandonó su postura sumisa y sorprendió a Sabrina en las muñecas.
Su rostro tenía dibujada una sonrisa de placer. De placer ante el sufrimiento de Marcos.
-¿Así que te gusta hacer sufrir, putita?
Sabrina continuaba esgrimiendo una sonrisa bobalicona, perdida en placer sádico.
Marcos le quitó el pene de goma con una mano y, un segundo después, la derribó boca abajo sobre el colchón.
-Así que a vos te gusta hacer sufrir… -Resopló Marcos.
El culo le ardía todavía, pero desde que Sabrina se la metió, la verga se le había comenzado a poner dura. Y ahora, mientras Sabrina se sacudía bajo él, su pija se endurecía y latía, lista para vengar el ultraje reciente.
Marcos la condujo con sus manos hasta la

circunferencia trasera de Sabrina. Le apoyó la punta y sus manos separaron sus glúteos.
Creo que a uno le dio una palmada.
Y se enterró, completamente, en el interior de Sabrina.
Ella jadeó de dolor, no le gustaba en absoluto.
-SACÁMELA, HIJO DE PUTA. Se quejó ahora ella, con una mueca dolorosa. ME DUELE, HIJO DE PUTA.
Sabrina se sacudía, pero Marcos la tenía apresada. Y con cada movimiento brusco de Sabrina, la verga se le iba enterrando más profunda.
-Así que te gusta hacer sufrir… -Repitió Marcos. Yo te voy a mostrar lo que es sufrir…
Sabrina no lo escuchaba, sentía la presión en su ano sin dilatar y emitía quejidos.
-¿POR QUÉ NO TE MOVÉS? Preguntó Marcos socarronamente. -¿No dijiste que

te quedabas con las ganas? ¿Por qué no te movés? ¿POR QUÉ NO TE MOVÉS? ¡DALE! ¡MOVETE!
Marcos sacudía su pelvis hacia adentro y hacia afuera, frenéticamente, Sabrina se echó a llorar de dolor.
-NO TE HAGÁS LA VÍCTIMA. -Aulló Marcos sin dejar de moverse. -¿QUERÉS QUE TE MUESTRE ALGO PARA QUE LLORES?
Pero Sabrina no lo escuchaba, lloraba con chillidos mientras Marcos se sacudía encima de ella.
Marcos le a iba a dar motivos para llorar.
Dolor, dolor de verdad.
Bajo la cama guardaba un machete, por si las dudas, a la noche el barrio se había puesto peligroso.
Sosteniendo aún con más fuerza la cola de Sabrina, Marcos se arrastró hasta el machete.
Extendió lo más que pudo su brazo izquierdo.

Sintió el mango de madera y enseguida lo atrajo hacia él.
La carne rosácea de Sabrina se sacudía, atravesada con más y más violencia.
Sentía el choque de los testículos como un latigazo, el entrar y salir en su ano le provocó un ardor espantoso, sus lágrimas caían sobre el colchón, se quejaba con los ojos cerrados, con chillidos de dolor.
-YO TE VOY A ENSEÑAR QUÉ ES EL DOLOR. Gritó Marcos, levantando el machete sobre Sabrina.
En un abrir y cerrar de ojos, ella vio la sombra. Pero por el dolor, alcanzó a reaccionar cuando ya era tarde.
Marcos ascendió y descendió el machete sobre el antebrazo de Sabrina, separando la carne y el hueso, a la vez que volvía a descargarse sobre el cuerpo de ella.

ÍNDICE

Impreso en...
El día...